

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**
Barberá, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 242

25 cts.



**PELIGROS DE
UN CONQUISTADOR**

FOR
Claire Windsor,
Conrad Nagel,
etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 242

Peligros de un conquistador

Original comedia americana,
interpretada bajo el siguiente reparto:

Vera Arnold CLAIRE WINDSOR.
José Pendleton Smith . . . CONRAD NAGEL.
Ricardo Wallace Douglas Gilmore.
Valentina Hedda Hopper.
Sergio Alejandro Strokoff Mario Carillo.

Producción

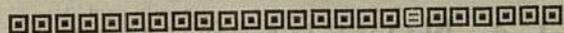
Metro - Goldwyn

Exclusiva de

METRO - GOLDWYN - CORPORATION

Mallorca, 220. - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
OWEN MOORE



Peligros de un Conquistador

Argumento de la película

Lo mismo que "por el humo se sabe donde está el fuego", "por el andar se conoce al borracho".

¿En qué se parece el rayo a un beodo? Pues en que dibujan zizás.

¿Y en qué se parece un bebido a las fiestas de Pascuas? Pues en que hay "mona".

¿Y un ebrio a ciertos guardias municipales? Pues, ¿no caen?, en que "duermen fuerte" dondequiera que se encuentren.

Eso, lo último, era lo que hacía José Pendleton Smith, un soltero cargado de dinero, de buen humor, de afición a todo lo bueno de la vida, y la mar de simpático y generoso. Al decir que hacía eso, queremos significar que dormía bonitamente, tendido de cabo a rabo de su cuerpo, vestido de etiqueta, en un banco del jardín de una casa desconocida para él.

La víspera había habido gran juerga en un "cabaret", y sintiéndose todos pescadores, los juerguistas organizaron una partida de pesca al claro de luna. Eligieron el "claro" para verse más, y también porque los peces, sintiéndose románticos, asoman sus "narices", no habiendo quien les aguante las "agallas" ante una conquista a la vista.

El caso fué que cada cual pescó lo suyo, y nuestro bueno de José pescó una "merluza" de pronóstico.

Así no era de extrañar que, camino de su casa, dibujando figuras geométricas se desviase, fallándole el compás, y fuese a parar, como si estuviera ciego, al jardín de la casa a que hemos hecho ya referencia. Rendido de tantas emociones, se tumbó en el banco que le brindaba amparo, y ¡hala! buenas noches. "Mañana será otro día".

Y he aquí que, al despertar, José, que no estaba aún del todo despejado, abrió, asombrado, sus ojos, al ver, no lejos de él, varias encantadoras muchachas y algún que otro muchacho, muy ligeritos de ropa, bailando como si tuvieran alas, tal era la agilidad de sus movimientos.

—¿Qué es esto? ¿Será que estoy soñando que he llegado al paraíso?

Volvió a mirar, y para asegurarse de que no dormía, se mordió la nariz, digo, se la pellizó.

—¡Díantre! No estoy durmiendo, no. Pero ¿quién me ha traído aquí? Ya comprendo. Una broma de esos.

Fué acercándose a los bailarines, que seguían con suma atención las indicaciones que les daba una lindísima señorita.

—Bonita mujer. Lástima grande que no se haya vestido como esas niñas tentadoras, porque me hubiese gustado verle... en fin... ¡Habría que ver!... Como tipo es ideal, el acabóse.

La señorita en cuestión era Vera Arnold. Dedicóse desde su infancia a la danza clásica y encontró en ella el medio de ganarse el sustento dando lecciones, lo cual hacía en Greenwich Village, barrio bohemio neoyorquino.

José, encantado de encontrarse cerca de Vera, no titubeó en presentarse.

—Buenos días, señorita...

—¿Eh? Buenos días... Pero... ¿quién es usted, señor?

—Dispense usted, antes, una pregunta... ¿Podría decirme dónde estoy?

—No — respondió Vera, ocultando una sonrisa, pues acababa de comprender lo que le había sucedido a José—, pero sí podría decirle dónde debería usted estar.

—En este pícaro mundo hay que saber resignarse.

—La resignación es un buen bálsamo...

—¿No me dirá usted, al menos, quiénes son esas jovencitas y esos muchachos que bailan como angelitos?

—Son mis discípulos. No era difícil, creo yo, suponerlo. Además, en ese letrero...

—No me había fijado. Es cierto...

José leyó:

ESCUELA DE DANZAS DESCRIPTIVAS

dirigida por Vera Arnold,
discípula de Sergio Alejandro Strokoff, Profesor del
Colegio Imperial de Baile
:: de Rusia ::

—Con todos esos detalles me imagino que ya sabrá donde se encuentra.

—¡No faltaba más! Estoy delante de la mujercita más hermosa que he visto en mi vida. ¡Palabra!

—Le han engañado a usted, caballero.

—Y creo, también, que no la hay más bondadosa.

—También le dieron gato por liebre.

—¿Está usted segura? Bueno; supongo que no ten-

drá inconveniente en que me quede aquí a ver... cómo enseña.

—No puedo admitir como espectadores más que a los padres de mis discípulos.

—Pues en ese caso... no tendré más remedio que marcharme.

—Naturalmente.

—Adiós...

—Usted lo pase bien.

José, despidiéndose aún mientras se dirigía hacia la salida, las manos en la espalda, apoyando en ellas su sombrero de copa, tropezó con un árbol, y el adorno capilar quedó prensado como un acordeón. Azorado, se lo puso abollado, y al salir de la casa, sugestionado por la belleza de Vera, pensó en la manera de volver a verla. Para ello le era indispensable un hijo. ¿Dónde encontrarlo? ¿Quién se prestaría a que él fuese su padre?

Dirigiéndose a sí mismo tales preguntas estaba José, cuando un agente de policía, viéndole hablar solo, le tomó por maniático y no le quitaba ojo. Al darse cuenta de ello, José paró en seco de murmurar, y haciendo un corte al sombrero de copa, lo transformó en, aparentemente nada más, sombrero de fieltro, por la forma que adquirió; y poniéndoselo, alejóse de la proximidad del guardia, que le seguía mirando.

Un voceador de periódicos sugirió a José la idea de que podía pasar perfectamente por su hijo.

—Oye, guapo; ¿quieres ser hijo mío por un peso?

El chico observó de pies a cabeza a su interlocutor.

—¿Yo, hijo suyo? ¿De dónde ha sacado usted eso?

—¿Y si te doy dos?

—Pero ¿que está usted diciendo? Yo soy hijo de mi padre y de mi madre, y a usted no le conozco ni tanto así, que es como decir nada.

—Es que me conviene, muchacho. Será por poco rato. Una broma, ¿comprendes?

—No me fío de las bromas...

—Vaya, te daré diez pesos. ¿Aceptas?

—¿Diez pesos? Siendo así, ya no vacilo. Puede usted disponer de mí hasta para representar el papel de tatarabuelo.

Satisfecho de haber encontrado un hijo que le proporcionaría el placer de volver a ver a Vera y continuar el ameno diálogo de antes, pues José había comprendido que la linda señorita le hablaba con esa amabilidad característica en las que se hallan delante de un hombre que les es simpático, nuestro héroe volvió a la academia de danzas descriptivas.

Vera, al verle, no pudo reprimir una sonrisa. José se había escondido los periódicos debajo del frac, por la parte de la espalda, pues ya se sabe que todo se echa a la espalda cuando conviene.

—El menor de mis hijos — dijo José, presentando al vendedor de periódicos.

Vera hubiera podido contestar a José que en el vestir de uno y otro se "veía" que eran de la familia; pero se limitó a responder, y venía a ser lo mismo:

—Es el vivo retrato de su padre.

El chico mascaba goma y contemplaba muy sorprendido a las danzarinas en sus rítmicos vuelos; pero al fijarse en un muchacho vestido como nuestros abuelos de las selvas, aunque más limpio que ellos, cesó de mascar, temió que se le hiciera vestir como aquél, y devolviéndole a José el billete de

diez pesos, poniéndoselo en la mano sin que se percibiera, apoderóse de sus periódicos y tomó las de Villadiego.

José decía a Vera en tales momentos:

—Supongo, señorita, que ahora no habrá inconveniente en que yo me quede aquí, ¿verdad?



...pero al fijarse en un muchacho vestido como nuestros abuelos de las selvas...

Vera había visto marcharse al chico, y sonriente, pensando en la cara que iba a poner José, le respondió:

—Lo siento muchísimo; pero, puesto que el chico se ha retirado... ya comprenderá usted que...

—¿Se ha marchado? Es cierto. Bueno... Francamente, la cosa ha salido mal... Sin embargo... Vamos a ver... ¿Por qué no ha de ser usted tan amable

que diese esta noche una leccioncita de baile a este muy atento y seguro servidor que sus pies besa?

—Imposible.

—Señorita, yo creo que no hay derecho a ser tan cruel siendo tan archisimpática.

—Mis honorarios son crecidos, se lo advierto.

—Pagaré lo que sea.

—Bien. Le recibiré de ocho a nueve... o de nueve a diez...

—Estaré aquí desde las siete, para llegar a tiempo.

Despidiéronse por segunda vez, pero José dejaba en las manos de Vera su corazón. Estaba flechado sin remedio. ¿Qué resultaría de ello, puesto que Vera, al parecer, no se oponía a que el enamorado alimentase positivas esperanzas?

Hasta las seis y media de la tarde, José estuvo más nervioso que un profesor de "charleston". No se agitaba tanto por fuera, pero sí por dentro. ¡Oh! Por dentro era un volcán, tres Vesubios juntos.

A las siete en punto se hallaba en casa de Vera, dispuesto a hacer lo que ella quisiera.

Vera estaba, también, preparada, y empezó seguidamente la lección, como un aperitivo moderno.

Los pies de Vera, primorosamente calzados, dibujaban, como alas blancas, los pasos de la danza que enseñaba a José, y éste, en lugar de mirar los pies, miraba a su dueña. ¡Qué joya humana! Decididamente, José había encontrado, al fin, su ideal. Hasta entonces fué una bala perdida, pero ahora parecía que Vera era su punto de detención.

—Si quiere usted aprender pronto los pasos, lo mejor será que se fije con atención en mis pies —advirtió la profesora al alumno.

—Siento que algo raro pasa en mí... Mis ojos, cual si estuvieran atados a las pestañas de usted, Ve-

ra, se niegan a inclinarse hacia el suelo. Deje usted que ellos la miren, si así se creen en el cielo.

—No olvide usted que a lo que ha venido aquí es a bailar.

—Es cierto... Bailemos... No lo hago del todo mal, pero me sería más fácil seguir la música del gramófono si no se apartase usted tanto...

—A ver si es verdad...

—¿Lo ve usted? ¿Bailo bien?

—Usted siente locura por el baile, ¿no?

—No se aparte, Vera, no se aparte... Lo que pasa es que estoy medio loco por... por...

En una de las vueltas del baile la pareja desapareció del salón. José no pudo terminar su apasionada frase, pero estrechando entre sus brazos a Vera, logró que ella le mirase a los ojos, y magnetizados los dos, se acercaron tanto, que sus labios dijeron de otra manera lo que quedó por decir de palabra.



Guiado por la mano invisible del destino, José pasó de la música sincopada al lánguido encanto de los vales; y del lánguido encanto de los vales a la marcha nupcial.

Vera, que se enamoró de José con locura, sin duda para no ser menos que él, aceptó su mano y le dió la suya.

Eran inmensamente felices. No había más seres en el mundo que ellos.

Hacía veinticuatro horas que la pareja se instalara en el mejor hotel de la capital, ocupando unas habitaciones dignas de su amor. Y hacía el mismo tiempo que no había salido de ellas.

El servicio estaba enterado del "caso", y la tele-

fonista, que era muy entrometida, interrumpió el dulce coloquio de los recién casados...

—Ha sonado el timbre del teléfono, Pepe de mi vida.

—Ya lo he oído, Vera de mi alma. ¿Quién será?

—No sé.



Eran inmensamente felices. No había más seres en el mundo que ellos.

—Otro besito, mi ángel.

—Cielito. ¡Qué feliz soy!

—Otro beso, corazón de mi corazón.

El timbre seguía sonando.

—Ve, Pepe... Se impacientan...

—Otro beso, reina, rica, sultana.

La telefonista se preguntaba si era posible que a aquella hora estuvieran aún durmiendo los novios.

Al fin Pepe se puso en el aparato.

—¿Quién es?

—Ha venido a preguntar por usted un caballero, y le he dicho que no estaba visible...

—¿Por qué le ha contestado usted eso?

—No soy torpe y comprendí que hubiera sido una imprudencia molestarle...

—No sé por qué...

—Yo también tuve mi luna de miel... Es muy natural que dos personas recién casadas...

—Pero...

Vera, viendo que José se enfadaba, se reunió con él, pendiente de una explicación.

—Ya lo decía mi Jaime: "Mira, Manolita, cuando el cura acaba de echar las bendiciones a dos novios..."

La muchacha se ponía insoportable. Para calmarse un poco, José atrajo a sí a su mujercita y le dio una serie de besos que hizo temblar los hilos del teléfono.

Manolita, al percibir el rumor de las caricias, se azoró, y por si José la estaba conquistando, le dijo:

—Oiga, oiga, ¿es conmigo eso?

—¡Por Dios, señorita, no confunda usted! Estaba besando a mi mujer.

—Bien, bien. No tenga cuidado; de ahora en adelante será usted completamente comunicable.

—¡Vaya usted a paseo!

—Muchas gracias.

José iba a colgar el receptor, pero Vera le distrajo diciéndole que era la hora de la comida, y quedó abierto el aparato; y como Manolita no había quitado aún la clavija del cuadro correspondiente al cuarto de los recién casados, hubo de oír, y lo oyó bien, lo que los palominos se decían.

—¿Quién va a pensar en comer teniendo al alcance las mieles de tus besos, tesoro mío?

Los ósculos arreciaron, y la telefonista, riéndose de lo lindo escuchando las tonterías que suelen decirse dos que se quieren mucho, gritó a un "botones":

—¡Agua helada para el seiscientos sesenta y cinco! La feliz pareja continuaba, en tanto, en sus protestas de cariño.

—¿Estás seguro de que me querrás siempre, siempre como ahora, Pepe? ¡Ay! Me da tanto miedo que empieces a echar de menos los amigos y la vida divertida que has llevado hasta ahora!

—¡Qué cosas se te ocurren, mujer! ¿Hay nada en el mundo capaz de enfriar este amor que yo siento por ti?

Llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Quién será? — dijo en voz baja Vera a José.

—¿Quién es? — preguntó claramente el marido, sin separarse de su costillita.

El "botones", desde detrás de la puerta, contestó:

—¡Agua helada!

Vera y José miráronse con asombro. ¿Agua helada? ¿Para qué querían ellos agua helada?

—¡No es aquí! — dijo José—. ¡Y cuidadito con las equivocaciones de mal gusto!

El "botones" tal vez comprendió la broma de la telefonista, pues se marchó riéndose.



Durante el primer año Pepe fué un modelo de esposos; pero, trasladado a París con Vera, fuése aficionando más y más a dejarla en el hotel y a marcharse como en otros tiempos a frecuentar lugares de frivolidad y de ambiente saturado de picardía.

En sus alegres años de soltería Pepe fué uno de los parroquianos más asiduos del "American Bar". Ahora trataba de evocar aquellos inolvidables días de libertad sin límites.

Cierta tarde, cuando las sombras de la noche se cernían sobre la ciudad, no para hundirla en las tinieblas, sino para iluminarla como si continuase el día, José tuvo un encuentro inesperado. Estaba tomando una consumición en el mostrador, cuando un golpe recibido en la espalda le hizo abandonar el vaso y volverse a mirar quién era el autor de la franqueza.

—¡Amigo Pepe! ¡Inolvidable Pepito!

—¿Qué veo? ¡Hola, Ricardito! ¿Qué cuentas, hombre, qué cuentas?

—Lo de siempre, chico, lo de siempre. ¿Y tú?

—¿Yo...? Pues no muchas cosas.

—¡Si supieras cuánto te hemos nombrado desde tu ausencia! ¿Te acuerdas de nuestra última excentricidad? ¿Aquella que nos dió por cortarle las barbas al "maitre d'hotel" del "Tabarin"?

—¡Ya lo creo que la recuerdo!

—Pues bien; ahora que has vuelto a nosotros hay que repetir todas nuestras locuras. Ya verás lo que nos divertimos. Y como amiguitas, las tengo que dan el opio.

En efecto; con Ricardito habían llegado dos mujeres muy tentadoras, dos Evas que puestas a reparar manzanas, como su madre, dejaban exhaustos todos los huertos del mundo.

Además de esas dos había otras mariposas de ojos de fuego y labios de pasión. Todas se habían fijado en Pepe, y Pepe se fijaba, pues no era corto de vista, en ellas...

Pero la realidad era la realidad.

—Vendrás con nosotros, ¿verdad? — insistió Ricardito.

—¡Imposible, mi querido amigo! ¡Me casé!

—¿Te casaste? Paciencia, chico. Una mala hora cualquiera la tiene.

—Pero es que yo...

—Sí... Supongo que si te casaste es porque tu mujer, que merece toda mi consideración y mis mayores respetos, te enamoró hasta ese extremo. Sin embargo, amigo mío, el ser casado no ha de impedirte admirar las bellezas allí donde estén... y hay algunas aquí. Conque, no te digo más.

—No puede ser... Compréndelo...

—Vamos, hombre... Ven conmigo. Esas señoritas desean, sin duda, conocer a uno de mis mejores amigos.

Pepe se dejó vencer, y después de saludar a todas las amiguitas de Ricardito, que lo eran casi todas las mujeres que se hallaban tomando consumiciones en el mostrador, una de ellas trató de acapararlo.

—¿Dice Ricardito que se casó usted? Ya se ve que es usted una persona formal. Los hombres formales son los más interesantes, ¿no?

—Formal, formal... no lo he sido nunca. De modo que...

—Claro... Nadie es perfecto... Y no hay que ser exigente...

La llegada al "American Bar" de Valentina, la danzarina de "Follies Parisiennes", mujer escultural que traía loco a medio París, y cuyo rostro, que ocultaba un antifaz negro o de pedrería, según los casos, raros eran los que lo habían visto, llamó poderosamente la atención de Pepe.

—¿Quién es esa mujer, que parece una Reina, a juzgar por la escolta que la acompaña?

En efecto, cuatro hombres, cuatro atletas, vestidos de ruso, que lo eran o no lo eran, no se separaban de Valentina cuando iba sola. Eso era una nota de originalidad, un reclamo poderosísimo, pues a su paso todos pronunciaban su nombre y comentaban sus éxitos en el teatro frívolo.

La pregunta de José fué contestada por su amigo.

—Es Valentina, la bailarina del antifaz. Está dando el golpe en "Follies Parisiennes".

La aludida acercóse al mostrador, pidió un "cocktail", dió varias bocanadas a su cigarrillo, que colgaba de larguísima boquilla oriental, y marchóse seguidamente.

José no había cesado de admirar a la misteriosa mujer. La casualidad le deparó la suerte de mirarle los ojos y verse reflejado en los suyos, pues sus miradas coincidieron.

Ricardito, para quien no pasó desapercibida la admiración de José, le dijo:

—Hombre, Pepe, me sorprende que un casado como tú demuestre tanto interés por esa chica.

—No seas malicioso... Es un interés puramente... estético, querido.

—Ya, ya...

Otra amiga de Ricardito tomó por su cuenta a Pepe.

—Ricardito tiene amigos muy simpáticos. Lo digo por usted.

—Se agradece... pero soy casado.

—¿Y qué tiene más ser casado que soltero?

—Según... según... Un hombre, cuando se casa, ¿sabe usted?, es otro hombre siendo el mismo hombre. ¿Ha comprendido usted?

—Un hombre, cuando se casa, ¿sabe usted?, es un hombre que, por su buen nombre, procura ser otro

hombre pero que no es tal hombre... ¿No es eso lo que usted quería decir?

—¿Es que no van a tener ustedes nunca confianza en nosotros?

—Para la que tienen ustedes en nosotras... Pero tratándose de usted... Vaya, me ha sido muy simpático.

—Lo celebro, y no me lo merezco.

—No sea usted modesto. ¿Quiere una flor?

—Si tan donosamente me la ofrece usted...

—Una de las que descansaron sobre mi corazón.

—Muchas gracias.

—Se la pondré en el ojal.

—Como quiera.

La conquistadora iba a prender la flor en la solapa de Pepe, cuando éste, levantando la vista y dirigiéndola hacia la entrada del establecimiento, vió a Vera, ¡a Vera, nada menos!, observándole en silencio, como esperando a que terminase con la mariposa para que se reuniese con ella, tal que si hubiesen convenido en verse allí.

Pepe hubiese pagado cualquier cantidad por desaparecer sin ser visto, para negar más tarde; pero todavía están por salir a luz los rayos milagrosos que tal prodigio harán, y recurrió al disimulo.

—Aplaudo el caritativo desinterés que demuestra usted al dedicarse a vender flores a beneficio de los menesterosos, señorita — dijo a la amiga de Ricardito, separándose de ella después de haberle entregado un billete de diez dólares.

Luego reunióse apresuradamente con Vera.

—¿Has visto qué casualidad, hijita? Se me había ocurrido telefonearte para que vinieras a mi encuentro aquí, y, ¡zas!, te me presentas coincidiendo con mi deseo.

Vera sonrió. Sus ojos estaban fijos en la flor que Pepe llevaba en el ojal.

—Esta flor me la dieron por haber contribuído con mi óbolo a la fundación y sostenimiento de no sé qué casa de caridad.

—Me parece muy bien.

—Es bonita la flor, ¿verdad? Mírala.

Vera apoderóse de ella, miró a la mujer que se la había regalado a Pepe, y comentó:

—Es sorprendente ver hasta qué extremos llevan sus entusiasmos sólo por la caridad.

—Sí... Son buenas... excesivamente buenas. ¿Vamos, vida mía?

—Vamos.

Vera volvió despectivamente la espalda a la conquistadora, y al salir del bar arrojó la flor al suelo.

En la calle, mientras en el bar Ricardito y sus amigas reconocían, ellas con envidia, la belleza de la esposa de Pepe, Vera expresaba a su marido sus deseos de cenar en un restaurante animado e ir luego al teatro.

—Iremos adonde tú quieras, mi bien.

—Elige tú el restaurante, y yo el teatro. Me parece que en "Follies Parisiennes" dan una buena revista. Podemos ir allí.

Pepe estaba de suerte. ¿Ir a ese teatro no significaba volver a ver a la misteriosa Valentina?

Aceptó, ya lo creo que sí, y en el teatro, desde que apareció la bailarina, toda arte y armonía, sus ojos no se apartaron de la escena, verdaderamente chiflado por esa mujer.

Ricardito también estaba en el teatro. Le rodeaban seis lindas muchachas, a las que, furtivamente, Pepe dirigía, de cuando en cuando, alguna mirada.

Vera, que por dichas miradas de su marido vió a Ricardito y a las mujeres, dijo, maliciosa:

—Según parece, tu amigo es la caridad personificada.

—Es soltero, mujer... y como tiene tanta relación...

Al terminar el espectáculo, Pepe, llamado por Ricardito, que fué a su encuentro, separóse un tanto de Vera, a la que la gente obligaba a seguir adelante; y así hablaron los dos íntimos:

—No hay derecho, Pepe: son seis y tú, como buen amigo mío, tienes que ayudarme a compartir la carga.

—No puedo, Ricardito... ¿Cómo disculparme ante mi mujer?

—Eso es lo de menos; yo me encargo de sacarte de casita con cualquier pretexto. Te llamaré por teléfono dentro de una hora.

—Buena idea. Sí. De acuerdo. Esperaré tu llamada con ansiedad.

Vera, que había conseguido regresar al lado de su marido, no sospechó de la influencia de Ricardito en Pepe, y éste, muy amable le dió el brazo y no demoró su vuelta al hotel.

José quería mucho a su mujercita. Sin embargo, desde el encuentro con Ricardito sentía que la alegre vida de otros tiempos le llamaba cada vez con más insistencia.

Apenas en sus habitaciones del hotel, Pepe consultó su reloj. Dentro de poco su amigo le llamaría.

Vera había notado algo extraño en su esposo, y le dijo, recelosa:

—En mi vida te había visto tan impaciente por llegar a casa...

—¿Qué quieres, hija mía? Ya no puedo trasno-

char como antes; la locura del baile no me domina como en otros tiempos.

—Pero las bailarinas todavía llaman tu atención, y más si llevan antifaz.



—En mi vida te había visto tan impaciente por llegar a casa.

—El arte es el arte.

—¿Quieres desabrocharme el vestido?

—¡Qué apretado está esto!

—Quita, quita. Estás nervioso, incomprensible.

A poco el timbre del teléfono sonó victoriosamente.

—¿Quién es? — preguntó Pepe.

Vera salió de su cuarto, para enterarse de quien llamaba.

—¡Qué barbaridad, hombre! Voy en seguida — exclamó Pepe, al verla, cortando la conversación con Ricardito y sus amiguitas, pues lo eran.

—¿Qué pasa? — inquirió Vera.

—¡Han puesto preso a Ricardito Wallace! ¡Qué desgracia! Y habían de ponerlo preso precisamente esta noche que yo estoy muerto de sueño. Porque, claro, la amistad me impone el deber de ir a ver qué puede hacerse por él, en vez de meterme en la cama.

—¿Es absolutamente necesario que vayas?

—Pero, mujer, comprende la situación. ¿Estaría bien que yo abandonase a un amigo íntimo en los momentos en que él, viéndose preso, acude a mí?

—Bien, bien... haz lo que creas que debes hacer.

Y Pepe, más fresco que una rosa, abandonó a su cónyuge para ir a divertirse como antaño.



Durante la siguiente semana no hubo noche en que Pepe no hallara algún motivo para dejar sola a su esposa.

Cierta mañana, mientras Vera vaciaba los bolsillos del traje que Pepe se pusiera la víspera, para darlo a planchar, encontró en el chaleco un papel misterioso, que no titubeó en leer, sin que su marido, que estaba a su lado, la sorprendiese.

El papelito decía:

“¿Hasta cuándo piensas seguir haciendo el oso por una bailarina de antifaz? ¡Vuelve en ti, hombre!

Ricardo”.

Vera vió confirmadas sus sospechas. Fingió no saber nada, y dijo a Pepe:

—¿Te divertiste mucho anoche en el círculo?

—Pasamos el rato charlando...

Pero Vera tenía un plan para que otra mujer no



—¿Te divertiste mucho anoche en el círculo?

le arrebatase al esposo. Amiga de resoluciones enérgicas, no titubeó en personarse en casa de Valentina.

—No sé si usted sospechará el objeto de mi visita.

—No, ni siquiera lo imagino. Soy Valentina, la bailarina, y no entiendo absolutamente nada del arte de adivinar.

—Pues yo soy... la ESPOSA de José Pendleton Smith.

Valentina descubrióse el rostro y, sonriente, comentó:

—¡Ah! Vamos, ya empiezo a comprender algo.

—Déjese de bromitas, que no es esta la ocasión. Usted está tratando de embaucar a mi esposo, y sepa de una vez para siempre que yo no he de consentir que me quiten a mi marido. ¡Sépalos usted!

—Conque ¿ese pobrecito tonto es su señor esposo?

—Señora, eso no la autoriza para decir que él es un pobrecito tonto.

—Tiene usted razón; no es un pobrecito tonto. ¿Qué ha de serlo, si es tonto de capirote?

—¿Cómo se atreve usted a hablar así de mi esposo?

—¿De qué otra manera puedo hablar de un necio como él que viene asediándome con sus declaraciones a pesar de que le he mandado decir y repetir que me deje en paz?

—¡No la creo a usted!

—¡Señora, yo no miento!

Un caballero apareció ante las dos mujeres, interrumpiendo ambas su plática, que iba agriándose de modo alarmante.

—¡Vera! — gritó el aludido.

—¡Alejandro! — dijo Vera, al reconocerle.

Valentina tuvo algo que decir cuando vió a Vera y Alejandro abrazados.

—¿Qué significa esta franqueza con mi marido, señora?

—¡Pero si es la señorita Arnold, de quien yo te había hablado mucho, en distintas ocasiones, Valentina!

—¿Tu profesora de baile en los Estados Unidos? ¡Cuánto me alegro, señora! Hemos de ser buenas amigas.



—¡Pero si es la señorita Arnold, de quien yo te había hablado mucho, en distintas ocasiones, Valentina!

Repuesta de la sorpresa que le causara el saber a Valentina esposa de su maestro de danzas descriptivas, Vera, que veía claro que su Pepe hacía el ganso con la bailarina, se puso de acuerdo con ésta para darle una broma que lo escarmentase.

Y dicho y hecho. Vera, cierta noche, terminado

en "Follies Parisiennes" el número de Valentina, vistióse las ropas de ésta, cubrióse el rostro con un antifaz, y esperó a Pepe, al que, como si fuera la propia Valentina, ella había citado en el camarín del teatro.

Pepe, viendo el cielo abierto, acudió presto a la cita al fin consentida por la falsa Valentina.

—¡Oh, señorita, qué placer tenerla tan cerca de mí!

—Su deseo ha sido cumplido, señor Pendleton. No se quejará usted de mí — dijo Vera con acento extranjero, consiguiendo así evitar que su marido la reconociera en la voz.

—Crea usted que no se lo agradeceré nunca bastante.

—Mucho tuvo que esperar para que yo me declarase vencida, ¿no es cierto?

—Cuando el resultado es tan hermoso...

—Admiro tanto a los hombres valientes... Porque, es justo que se lo diga, mi marido es más celoso que un turco.

—¿Su marido?

—Sí, soy casada. Para mí que usted también lo es... Pero, ¿qué más da?

—Le diré... Yo... si no fuera porque mi mujer, que es muy buena, no me comprende...

—¡Qué casualidad! En el mismo caso me encuentro yo con mi marido. El tampoco sabe comprenderme. En cambio, usted y yo sí nos comprendemos divinamente, ¿verdad?

—Nos comprendemos, sí, porque nos amamos.

Con toda clase de precauciones, con miedo, vaya, por si se presentaba el marido, Pepe trató de besar a la falsa Valentina.

—No, no, por favor — dijo ella —, me comprometería usted. Tenga un poco de paciencia.

Un cuarto de hora después, Pepe y Vera disfrazada de Valentina llegaban, en el "auto" de la auténtica Valentina, a la puerta de la lujosa casa de ésta. Una corta escalerilla conducía a la entrada principal. Al pie de la misma dijo Vera a Pepe:

—¡Ay, qué fastidio! Esas escaleras que parece que no terminan nunca... y yo que me siento tan rendida...

—¿Quiere usted aceptar que la tome en mis brazos?

—¡Oh! ¡Qué amable!

José cargó con Vera y mostrábase satisfecho.

—¿Peso mucho?

—Con usted en los brazos, subiría yo hasta lo alto de la Torre Eiffel.

—¿No se cansaría?

—Al contrario, volvería a subir.

—¡Qué valiente! Ahora, retírese. Espere hasta que yo le llame desde el balcón.

—Esperaré. Hasta ahora. ¡Qué bonita! ¡Qué cosa tan dulce!

Vera desapareció del marco de la puerta de la casa de Valentina, pero, al parecer, empujó a Pepe, y el rostro de éste también desapareció de dicho marco; y al reaparecer, en la mejilla izquierda había la huella inconfundible de los labios de la seudo bailarina. Vera había besado a su propio marido, y el bobo creía firmemente que ella era Valentina.

Eso ocurrió a la una de la madrugada. Dieron las dos. Y cuando llegaron las tres, Pepe apercibió a dos guardias haciendo la ronda por aquellos alrededores, y viendo, además, en una de las ventanas de la casa, detrás de los visillos, la sombra de un hombre empuñando un revólver, no continuó la espera ni

un minuto más. ¡Cualquiera se quedaba allí, para oír el disparo del arma de fuego!

El juego empezaba bien. Lo que Pepe creyera un revólver no era otra cosa que una pipa, que Ale-



—Ahora, retírese. Espere hasta que yo le llame desde el balcón.

jandro, el esposo de Valentina, atiborraba de tabaco. Y mientras Pepe esperaba en la calle, Vera lo estaba esperando en el hotel, al que había regresado saliendo de casa de Valentina por una puerta trasera.

Pepe, al llegar a su habitación, procuraba no ha-

cer ruido, pero encontróse de pronto frente a frente con su mujer, que leía un libro.

—¡Ah! ¿Me has estado esperando, querida? ¡Qué buena! Nos hemos divertido la mar en el círculo.



...y al reaparecer, en la mejilla izquierda había la huella inconfundible de los labios de la seudo bailarina.

Eso que hacía al entrar aquí, es decir, eso que parecía que estuviera haciendo equilibrios sobre un alambre, lo hemos estado haciendo allí. Te hubieses reído viéndonos hacer ejercicios en cuerda.

—Mucha cuerda necesitaríais para haber tardado tanto.

—Era imaginaria, mujer. Y ya se sabe, el tiempo pasa volando. Pero ¿qué miras? ¿Me notas algo raro?

—No, hombre, te noto... lo de siempre.

En lo que se había fijado intencionadamente Vera, era en la huella de sus propios labios en la mejilla izquierda de Pepe. ¿Qué diría él cuando se mirase en el espejo, ahora o más tarde?

Vera cerró el libro que leía, y manifestando deseos de ir a la cama, dijo a su esposo, todo intencionadamente:

—Hoy me he lastimado un tobillo y me duele bastante.

—Hay que ir con cuidado.

—Vas a tener que llevarme en brazos a la alcoba.

—¿No puedes tenerte en pie, ni ayudándote?

—No, imposible. Tómame en tus brazos, Pepe.

—Bueno, hijita. Vamos. Pero, ¿sabes que pesas tus buenos kilos?

—¿Muchos, rico mío?

—Deberías ponerte a régimen para adelgazar.

—¿De veras?

—De veras. No sé qué haría yo si tuviese que llevarte en brazos durante mucho rato. ¡Gracias a Dios que ya estás en la cama!

—Podías haberme dejado en ella con un poco más de consideración. ¡Ni que fuese un saco de patatas!

—Fué el peso, vida. Y ahora, buenas noches.

—¿No se te ha olvidado algo, Pepe?

—No sé...

—Un beso, rico...

—¡Ah! Un beso... Es cierto... El beso de despedida... Adiós, cielo... Hasta mañana.

Pepe dejó desconsolada a Vera, y al mirarse, ca-

sualmente, en el espejo, descubrió en su rostro la prueba de su infidelidad, y quedó pálido como las princesas románticas... ¡Diablo! ¿Qué habría pensado Vera?

Como la primera prueba no había devuelto a Vera a su marido, como antes, se imponía una segunda.

Valentina, cómplice de Vera, escribió a Pepe la siguiente carta:

“Pepe, amor mío:

Estaré sola durante toda la noche. Ven a verme. Con estas líneas recibirás la llave de mi casa.

Valentina”.

Entendámonos. La que escribió la carta fué Valentina, la auténtica bailarina de “Follies Parisiennes”, pero la que recibiría a Pepe sería Vera, en casa de Valentina, disfrazada.

Pepe no faltó a la cita. La noche ayudó inconscientemente a Vera. Llovía una barbaridad, y el retumbo del trueno y la refulgencia de los rayos, unidos al misterio de la casa en la que entraba por primera vez, resultaba algo imponente, capaz de intimidar a un hombre tan “valiente” como Pepe.

Un perro se encargó de dar las buenas noches al desconocido visitante. Luego Pepe tocó un león y se llevó un susto descomunal creyéndole de veras, cuando no era más que de adorno, como el que tenía enfrente, a guisa de guardianes de la puerta de una habitación íntima.

Vera apareció por dicha puerta, y sin que mediaran muchas palabras entre ambos, besó a Pepe locamente, rabiosamente en los labios, haciéndole daño.

—¡Qué valiente y qué esforzado eres, Pepe mío! Te comeré a besos.

Pepe sudaba. ¿Estaría, acaso, en una casa de locos? De pronto se anunció la tragedia.

—¡Mi marido! — gritó Vera.

Alejandro se había prestado a interpretar un papel en la farsa.

Pepe temblaba de pies a cabeza, creyendo llegada ya su última hora. Se le ocurrió fingirse pedicuro, para justificar su presencia en la casa y a los pies de Vera, pero Alejandro, agarrándole por el cuello de la americana lo zarandó sin compasión.

—Esta ofensa la lavaré con la sangre de un cadáver. Voy a matarle despacito, des-pa-ciii-to.

Vera simuló estar desesperada, y mientras luchaba, aparentemente, con Alejandro, para impedir que matase a Pepe, éste, muerto de espanto, saltó por una ventana al jardín y huyó como alma en pena.

Al llegar a su casa, calado hasta los huesos, Pepe no encontró a Vera y su extrañeza era enorme.

Encontró una carta encima de la cama. La leyó temblorosamente.

“Pepe:

Lo sé todo. Me voy y así podrás ser feliz con tu Valentina.

Vera”

—¿Qué has hecho, mujercita mía, qué has hecho? ¿Por qué te marchaste si yo te quería tanto?

Llamaron a la puerta.

—¡Ah! ¡Es Vera! ¡No puede vivir sin mí!

Abrió. ¡No era su mujer!

—¿Usted, Valentina?

—¡Mi marido me ha arrojado de casa y está decidido a venir aquí a matarme!

—Señora, por favor, váyase de mi casa.

—¡Calle! ¿No ha oído? ¡Es mi marido!

—¡Escóndase!

—¿Dónde?

—¡Detrás de ese biombo!

Alejandro entró en la habitación, empuñando un revólver.

—¿Dónde está mi mujer? ¡Ahora sí que no hay salvación! ¡Ah! Ya veo su abrigo. Está ahí, detrás de ese biombo.

Sonó un disparo. Pepe dió un grito.

—¡Asesino!

Pero Alejandro, retirando el biombo, comprobaba que no había nadie detrás de él.

—Se ha escapado, pero la encontraré, y volveré en seguida para matarle a usted.

Alejandro salió de la casa. En la calle le esperaba su “auto”, dentro del cual estaba Valentina esperando el resultado de la broma.

Riéndose, Alejandro dijo a su esposa:

—¡Lo que es a ese no le quedan ganas de enamorar mientras viva! “Chauffeur”, a casa.

Pepe, que no se explicaba la desaparición de la apócrifa Valentina, la buscó por las habitaciones, y al encontrarla indignóse.

—Ya me ha causado usted bastantes disgustos. Hágame el favor de marcharse.

—¡Ay, Pepe, yo te amo como tú a mí! Por eso he abandonado a mi marido — contestó Vera.

—No diga usted tonterías. Yo no la amo. A la que amo y amaré siempre es a mi mujer.

—¿Quién piensa ahora en eso?

—Haga el favor de marcharse.

—Todo esto me parece encantador; y no me sacarán de aquí ni a tiros.

Echó a correr. Pepe la siguió cada vez más dis-

gustado, y al dar con ella en la habitación íntima de Vera, hallándola tendida en el lecho, con el rostro oculto en sus manos, sin antifaz, le dijo, colérico:

—¡Esta cama es la de mi esposa!

El momento de terminar la farsa había llegado. Vera, descubriéndose, petrificó a Pepe.

—¿Qué más da que uno sea casado o soltero?

—¿Tú? ¿Tú? ¿TU?

—¡Infiel! ¡Mal esposo!

La situación era crítica. Si Pepe desfallecía, Vera lo abrumaría de acusaciones. Reaccionó.

—¡Je, je! No creas que me has engañado. Sabía muy bien que eras tú, pero quise llevar la broma adelante.

—Sí, ya sé... Pero, oye, ¿y la noche que velaste oajo "mi" balcón?

—¿Eh..?

—¿Quién te besó en la mejilla izquierda, aquella noche, sino yo?

—¡Esto parece una novela! He sido un tonto con todas las de la ley. Vera. No merezco...

Se interrumpió para estornudar.

—¡Ay, Dios mío, te resfriaste! ¿Quieres que te prepare una infusión?

—¡Mi vida! ¡Qué buena eres! Te aseguro que he quedado escarmentado. Se acabaron las locuras para siempre, y para mí no hay más que una mujer en el mundo.

—¿Valentina?

—¡Tú, Vera, tú!

FIN

Próximo número: El precioso drama

EL SECRETO DE GISELA DIDIER

Postal - fotografía - regalo: PAULETTE DUVAL